

¡AFRODICTUM!

Juan Salzano

¡AFRODICTUM!

Juan Salzano

Ilustraciones:
Vicente Grondona



Colección



¡Afrodictum!

Juan Salzano

Primera edición en México,
abril, 2015.

Colección Limón partido
Proyecto Literal
Edición: Jocelyn Pantoja
Literatura y Alternativas
en Servicios Editoriales, S.C.
Av. Universidad 1815 C-205
Col. Oxtopulco, Coyoacán,
México, D.F., 04318.
Correo: proyectoliteral@gmail.com
Tel. (55) 5336 1436

Diseño de Arte de la Colección:
Hernán García Crespo.

CAJA
TIPOGRÁFICA

Diseño de portada y diagramación: Mariana Castro.

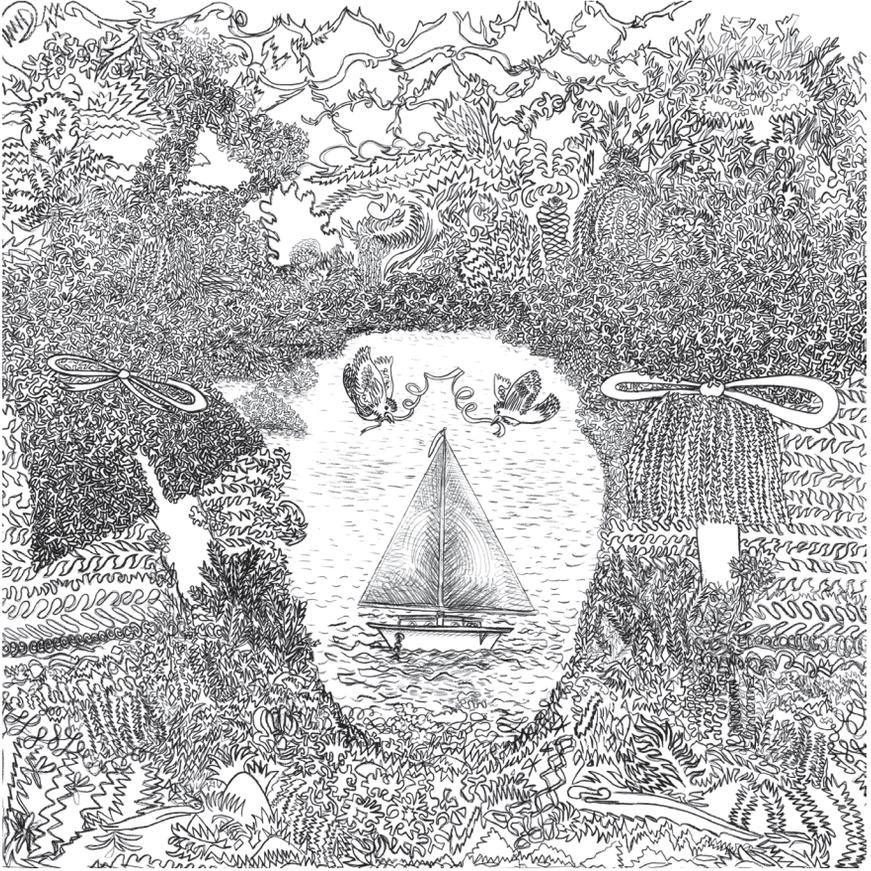
ISBN: 978-607-9088-71-2

Todos los derechos reservados
Impreso en México

*a Nadya, mi leona de crines rojas;
al Manikhem, hermanos del paideuma;
a los ancestros en futuro perfecto*

*“Lengua doble (o triple, como el tridente-Shin
de la khabalah), húmeda y retráctil. Veloz.
Viaje numinoso de la dicción a la infante a-dicción.
A la di-sección, a la correcta dicción
despellejada por la espuma de las cosas.
Lengua venérea (venusina y aérea): ¡Afrodictum!”*

La espiral de los pulsos
(*Nosotros, los brujos*; Buenos Aires, Santiago Arcos, 2008)



¿Una autoxenografía, un mapeo en el que recorrer las singularidades de mi raza bastarda, desde la masonería italiana de Don Francisco Salzano hasta la conexión con Transilvania y su gótico anorgánico; o acaso más allá, hasta las alianzas con adorados xenópatas?



Una estela italiana en la lejana crátera nebular. Rumania a un tiro de ballesta (o manía): rubíes serán el lamer de sus costas.

Transilvania, donde sus fiordos sin agua (precipicios) brillan tanto en el estigma.

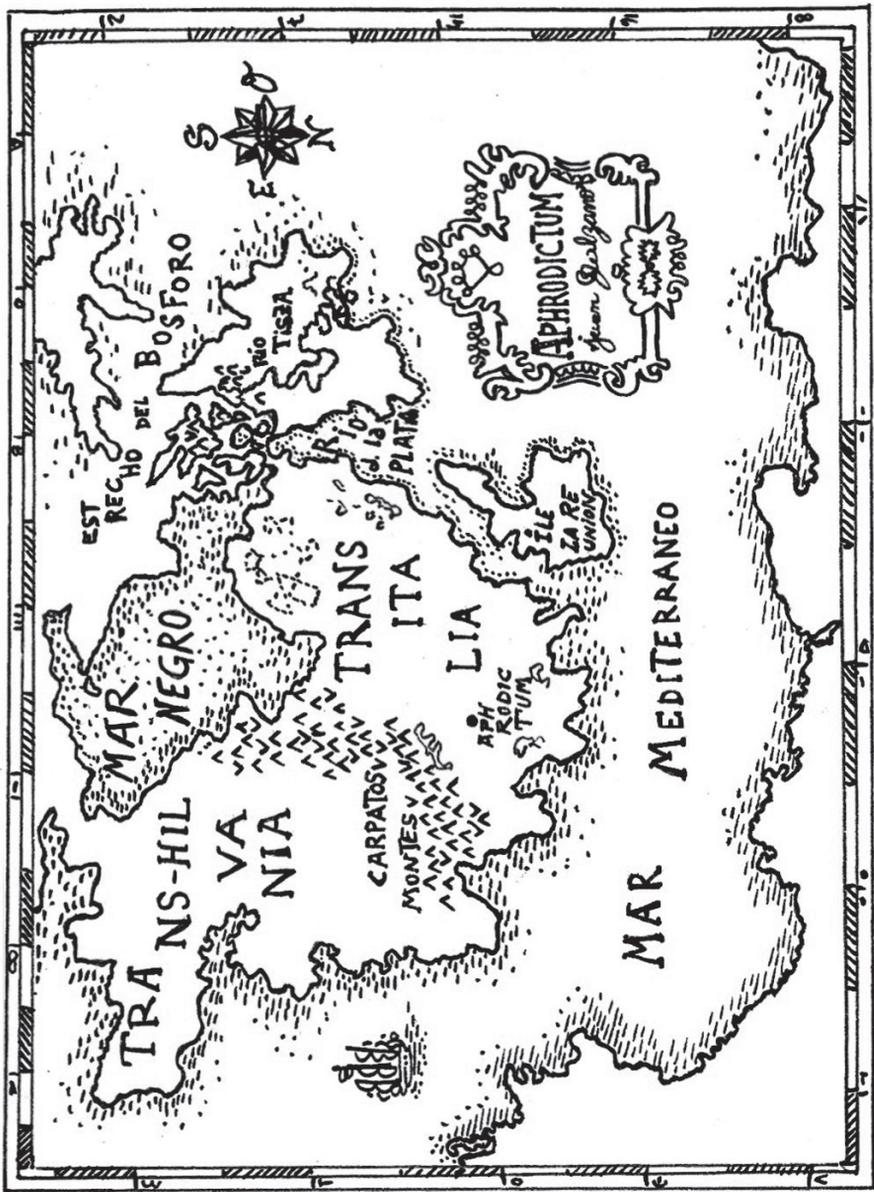
Trans-hilvania, que hilván fue a los rumores de marejada —¡desembarcan los parias! ¡desembarcan!— llegados a ninguna estepa.

En suspenso prolongado respira el Islote aéreo, que bastardo fue vendido en oblación a un conde sin imagen (ese *vamp* que piró): de un nóctulo quizá la bitácora llameante.

Cunde el despojo si el bufón desiste en la meseta —y la peina y la aumenta hasta el mareo de una mar adorada (se evapora, ay, el oro a su través: hay un ácido, Negro Mar en el sendero).

Casi gramaje de Kali, la levita pirotécnica de este brujo, oscuro armamento es a la curva de su antes estático jinete.

Siga la curva sus trayectos, sin querer: en la mojada panícula la esperamos, de fósforo, odorizados. Por sonar la flecha del Bósforo, el dardo ni se esfuerza ni aterriza en este claro de uvas resecas.



Laminame, Sonda difusa, que orientás las gargantas hacia los chillidos idos —al alba, ay, albañiles ya.

Es partero este Bardo, alarmante y motorizado, como cualquier renovado Cupido.



Debe haber sido inestable la estampa de su reino, o difusa la toca de sus nidos, ese toque aéreo que al bufón le aventura el Dromos: el camino del dios. A él le toca deslizarse por esta pista de hojalde, remover sus pilares, exprimir el cremoso corazón que por yacer oculto semeja una roca virginal (las aguas invisibles).

La bici-Senda o velocípedo que a él le toca —por tocado—, despunta en cualquier lago (si es que de húmedo lo troca en medalla o talismán).

La hierogamia de la Escuadra y el Compás, cuya G central anuda, es también la brasa encendida de los Cárpatos: la punta Gótica del pucho que un quiróptero se adentra antes de resonar en bandada.

Así: colgarse fresco ese amuleto y ser llanero de un borrico tricor-póreo. Estar tan seguro de la vía como de siempre mentir. Y, desde el gong ventral, arremeter con brío.



¿De imprevisto en imprevisto, rasguez la guitarra por fuera de esas corcheas, ya, descorchada, ay, espumeante en el derrame de otros ecos?



Diríase que el piélagos ya se ofrece a la fría libación del viajante.

Digámoslo entonces: la piel del lago ya es cofre de libamen, ofrecimiento de huida para el frágil *vajente*, lejos de la caldera *carpáthica* aunque montado en la fría línea de *Tisza* que atraviesa las napas, la *geoconda* desmarcada de Transilvania.

Irrumpe, angular, el desvío anacondial de Transitalia: por ese vértice se vierte el bufón —por ese vórtice-medalla que imanta el brillo memorial de un país inexistente. Y porque, aún con nombres, las dos regiones están por hacerse, por siempre, ya: por *all-ways*, ay: por todos-los-caminos en la vía regia de los eones.



Erizamientos fáunicos me tiemblan en la carne descalza —hora en que el bestiarío de los fuelles insinúa sus espirales bajo todas las cortezas de la Tierra; hora en que las migraciones inflan sus aguas y bandean la calavera de los vientos.

Dame tu bajamar de partículas, Gallo Insomne de las fraguas; esa que incuba la leonina esclusa por la que ingrávigo zumbo.



Insomnes que paniculan la noche, los engarces equinocciales que profetizan las arenas;

Insomnes que alinean los poliedros de las playas desnudas, y jine-tean, áureos, el subátomo que nos urde;

ultérrimos Insomnes de morada reciente, que avivan las fraguas y aspiran las aguas, que sintonizan el soplo en donde anida la sísmica osatura;

¡porque se enmielen las correas de sus cinchas, Jinetes Insomnes, extraterramos nuestras barcas y talamos nuestros mástiles hasta la dignidad de las agujas!

Las provincias untuosas y los suburbios bajo el oleaje son las hélices célibes de esta horda sin terreno. Vamos hacia los extáticos magnetos de nuestro desierto portátil, ¡trueno la caldeada coral que sus dunas orquestan!

Fauna trashumante que se multiplica en las aéreas calderas y sobrevuela las aguas, Fauna innumerable, Fauna inédita, con quilla y pinza de bogavantes volutas, ¿a qué prodigar esta dinámica espuma?

Suspendida succión del Insomnio, ¿de qué matiz es tu fuego lacio, tu pócima sin figuras, la estatuaria temblorosa de tus poses?



¿Retornar a lo nuevo, ya, al neopasaje de siglos ha, al eventual cruce entre partículas geológicas y geográficas dimensiones, ay, al pliegue certero de ola y maravilla?



Aquí estás de nuevo, divina Mamana, para depositar tus cueros sobre esta piel hecha humo.

La propuesta de huida es lenta, su estela acompañada por un maná de ladridos, en bengalas —es succulenta: ¡esta piel echa humo!

La medalla hermética es el vehículo intenso para la estela italiana, desprendida ya de su folklore. Otra vez los fugitivos se distinguen,

estrelliolos, en los bordes de la ballesta celeste: un lomo de ballena hiende el mapamundi y lo pliega de golpe, entrecruzando las vías marítimas que aquellos recorren. Los bufones pernoctan móviles en la pre-noche del doble caracol, o de la sonda *locuente* (que si fronda es por difusa), bajo la cerbatana cerebral del entrecielo, inmanada hace siglos en las microgrietas del durmiente.

El exquisito entrelazo de sus vías se ofrece, enhiesto, en dulce vibración. Por debajo del paredón mediterráneo, la brasa gótica destila su *terateia*. Pero también es gaseosa la mica de este muro: esculpida crece en medio del terráneo (o *carvada*: abierta por el pliegue transilvano: curvada por el vate y su colmillo, por la turba que evade el a-gnóstico control).

Por el hiato llegan en fila —desfilan ya— los botijas, ay, de la locuencia, el insomnio y la ultradespierta entrevisión en el sueño. Y son piratas de otras tretas, y además: habrá entreoído, subolfato y una volátil *toccata* general (la exigencia precámbrica de investigar el *panháptico*).

Pero qué nos da esta katana afluyente sino los inciensos nocturnos de la doble vía, en el hechizado telar que nos deshace. Los soplos no hablan más que en silénico (silencio de dios, bosque o mar), y no se privan del Todo si les empuja decir un vuelo (ya: puja la hora aérea en todas las esquinas de este viaje).



Ahora —entre/tiempo— nos damos al relajo, al relamer las pepitas de las floras que transportamos a ninguna parte, floraciones por fuera del gerente-gen: sintonizada médula de la diosa-gel.

Por la cerbatana, la yerba tan de alta, tan en cimbreo justo, se desviste en surtidos, en la hilachada variación del neoinfante: ¡Trans-hilvania! Pues en esa escarcha o hilván nos tocamos, si hay *tempo* y dunas, o si al rotar las conchillas del bajofondo (sus lunas), el jabonoso subsuelo se enaltece.

¿Habrán sido los precipicios de la medalla los que alentaron deslices tales? Tuétano o imán, pitárselo en lo áureo hasta entrever la fresca, la gorgona de aura, los bandoleros contorsionados por la juega en solsticio

(no es el Cristo sino el Cristal lo que nos guía: el *tal-es-imán* del punto G en el que gravitamos).



¿Animarse y anonimarse? ¿Adquirir membresía en la membrana? O darse a la *n-brana* por la que nos volvemos Nadie.

Oímos un esmeraldino consejo de bufones: *a no mimar el pozo sin la pala, ni la pala sin el pozo*, si ya estamos en los tejidos del fogueo. Se adivina: es la Mamana (o su flora) la que dicta el *dictum*, desde el grácil *afro* que compone nuestra espuma: “hay un rápido, quieto zar en el esmero”, itera la arena dejada entre señas.

Somos los diplomatas de la doble ciencia, y si caemos es porque amamos lo que abajo de la baldosa: babosa, amanece ya. Hidromántica del turbión, esta celeridad que ya ni célebre ni edad: ay, aunque las celebraciones se multiplican en la tierra por nuestro viento *Albour*.



Un perlado fragmento de muletizar se apercebe ya entre las madejas y levita en soberana exhibición.

¡Suelte la muleta, Don Francisco, que lo transportamos con hidrantes!

La colisión con el hilandero de fugas es inminente: es en el puro, mancornado vientre del nonato donde el bufón se vuelve nóctulo o etcéteras. Así: nos abrimos una tangente por medio del humo que invade los entornos, hoy, como un fluvial diapasón de atonales hienas.



¿Pero las piezas no encajan, no te cuajan, demasiado anónimas a fuerza de nombrarse? ¿Y las fieras ya atraviesan, inengendran: un trueno suelto para estas hebras?



Reír acá es inclinarse ante el coro animal. ¿Se te solapa ya el pulmón de alabastro, el manchado rasgo, el riesgo de respirar estos *irradiantes* que te hincan la lengua?

Vamos a ras del vuelo, curete al taco: ¡vamos por más! Nos damos por detrás de los telones hasta mejor nacer al nervio, al astro fluvial: este semi-mundo se hace de gestos, de impulsos y radar. Y al cabiro que permea —o devana de más el criterio—, se le cede el vaho, la pulseada estelar.



Ya estamos afuera hace tanto... El cuerpo acá se entonga con cóbordicos seres. Monstruos laxos, aniñados, oscilan como péndulos sin yacer nunca en la canica.

Aspiran —los parias— los más viscosos chorros solares (los que ascienden, cebos, desde este cielo bajo tierra). Cuánta catapulta efímera dispara la corteza entre las noches boreales.

Ya estamos afuera hace rato. ¿No nos recorre el temblor seminal? Pero no es de nos sino de noche acá en la ubre del aire.

Así descansan los labios: es el resto de la piel la que imanta los rayos y prosigue la ola, signada por la herrumbre de una medalla que nos carga. Le palpo ahora los relieves, las antiguas perlas de metalira.

Pero estamos acá, de este lado (¿estuvimos acaso en otro hado?). Todo se agolpa, coqueta perluz, en este microsegundo:

*un viejísimo templo
el olor a logia
un tablero de aviación puesto a punto
un amor húmedo contra las perillas
el veneno cayendo en la taza
un cadáver bajo el bigote
un cuerpo de ameba recreándose
en un medallón heredado.*

Nadie va primero en este segundo, salvo la salva reptílea que nos pasea los poros. La payasada que invocamos es de lava: de este fueguiño lago extraemos lagartos o hadas, payadas frías como la brasa Gótica que nos ilumina de a ratos.

Ya estamos afuera: acá, en ningún lado.



Percibí esto, astral vejiga, hojeá lento esta rápida huida: tamaña hazaña nos obsequian los apetitos. Es tu densa micción la que convoca nuestros clavados.

Oh riachuelo embrionario de las decantaciones nebulosas, tu faz es nueva en las vísperas de este nado. Un salto y ya los peces nos lustran los cráneos, mientras transitamos como pirañas la ducha celular. Los inéditos terrunios esperan su turno como pacientes hieródulas.

A lo lejos o bien cerca de la piel, sobre el ave glandular que crece en la bencina, las fablas turbas, anfibias se avecinan: justo ahí, donde se catexilian los deseos.

Ya somos grácil pneuma, ay, en el marma curvo de la celestia: quiasmo, lagarta belleza.



¿Nos persiguen los perfumistas, ya, con sus frascos de caracol? ¿Con la laca de sus bolsas, con sus fijadores de caro alcohol?



En los hiatos del tatuado trayecto, en el crack de sus piedras ojalá pobladas, nos espera el refugio de tránsitos carontes. En las también naves de su aérea fauna —en sus llaves, en sus armas—, se huele la subcutánea frecuencia del astrosoma: mudo trinar, brasa, agitación de ave coralina.

Atravesar así las suspendidas fuentes de humedad, de las que bebemos nuestro gratuito combustible.

Les pedimos —nos, los adámicos evasores— sutiles rocíos, cantos del antecielo:

*Que la enlabiada piel de nuestros órganos
devenga antena de polvos y asteroides.
Y panháptico misterio:
por virtud de tus espuelas,
—que al sol no brillan
aunque invisibles tallen—,
danos la leche turbia de muda y olvido,
la memoria de novedosos horizontes.
Secreto de voladoras arenas, danos
tu trompada de infinitesimales esquirlas.
Lámpara coja de la naturaleza, danos
de baja la razón,
el mambo de boomerangs
que deforesta la neurona.*



No hay tecnociencia en estos viajes, aunque es un cohete la marisma en la que divagamos. Y no es por discar un destino que imantamos estas regiones, sino para que decoren sus paredes los consejos de un tornado.

¡Qué fiesta de excepción, estos enmarañados diseños!

Marea imperceptible, jalea del estuario, se duerme mi cuerpo en tu plancton azonal. Cruzamos de un salto, ay, las atlánticas aguas: piruetas hípicas de resurrectos atlantes. Las arremolinadas palmas del desmadre, seguras ya del mareo, nos aterrizan ahora en *Puerto Nuevo*, triangulando las olas —los pigmentos— de *tránsito* e *hiván*: el vértice

del Plata germina en el gorjeo de la tierra, en el ángulo radiante de la radio que nos crea: ¡*transit-alia/trans-hilvania!*



Muelle impuro que miman mis alas, el imán de tus aletas es mi entrada en la alegrógora americana, en el paisaje anfibio donde ya no sé si viajo o releo. Tu turbina, elegante y primitiva, me ingiere hasta gritar la espuma de otras hiedras.

Pero frente a mí, la llanura bosteza, sobre mi asombro encalla y se duerme el erial. ¿De dónde vienen, entonces, estos plúmbeos arbus-tos, estos árboles cementados que me oprimen el tórax? Cedo, óseo, al vertical tropel de las boas urbanas. Pero sobre sus escamas, de blanco y esmeralda, me dejo devorar por mis propias *provisiones*.



Este cerebro ya no piensa, más bien respira olas. Las traga por la vulva climática cuyo relieve nos roza. La digestión es muda: un flujo de arpones sin filo, de diminutas coronas.

Ya somos grácil pneuma, pero polarizados a tierra. Un yo en lla-mas, un Yo de más.

Y no quisiera hablar de este yo, pues no es ya más que un pelo fino sobre la sedosa piel de un puma. Un puma que se va, gateando.



¿Y más luego? ¿Vamos hacia donde no hay? ¿Hacia el fondo del spray donde recomienza esta salida? ¿Hacia los vuelos, ay, hacia su pista?



Este viaje no cabe en ningún anaquel. Los excede a todos a fustazos de ¡ouija!, hasta que no pueda leerlo más que el clown de la estrella.

Hipertélico, ensopa a quien se atreva a subirse al puma que nos guía. De tan amoroso lo raya, perfuma y estrella contra el ring de los ocelos.



Pero acá me bajo —ésta es mi parada. Bajamos ajados y para nada: ¡que nuestro puma se revuelque y se frote los yoes contra el suelo! Colchón de hierbas para este vello durmiente que ahora despierta entre aves y aviones.

Galpones erguidos en el llano y un cartel desgastado que nos guiña: *Escuela aeronáutica del ayer falso*. ¿Cómo llegamos hasta acá, Don Francisco? ¿Cómo nos vamos de acá, Dr. Disco?

Y nada, salvo un eco seco de baile abortado, nos responde: *nadie va al Aire sino por mí*.



Quienes, con un pie atado por el rayo cular, han sido slalom preverbal o sonajero celeste;

quienes, rayón de eléctrica curva en la boca del esnórkel, han oscilado en el cielo de los dones;

quienes, anonimados ya en la membrana, todavía invocan el laberinto de los pliegues, saben de este canto de avión entre trinos y edades.

Y quién no sospecha el templar de esta aeronave: templo aéreo jalonado por juegos y claves.



Ahora volamos para desmentir la ilusión del sentido. Soy el parapléjico cactus en la proa hiperdesnuda. O en el vértice del ala: *de tu muerte me desvisto*.

Desde acá vemos los puntos del mapa volverse perdigones, flechas enanas, vectores de fuegos playos. Cimbran las antenas en la pigmea fiesta de los vuelos.

¿Se cuele en la frecuencia el rumor de un crimen pasional, de una novela policial que nos cerca? Esto dice nuestro informe:

*La esposa que sospecha,
a amante que seduce,
el maestre que triangula:
“Estamos en el fondo
de una taza con veneno”.*

Y de un solo sorbo nos vamos todos a pique, erizados, a-significantes.



¿Por dónde entrarle a esta caída? ¿Por la inversión del vuelo? ¿Por la inmersión en el frío velo? ¿Helo al hielo, ya, sobre las pistas de aterrizaje?



Trepo hasta mi cuello y encuentro la medalla —sin contornos, estropeada. ¿Qué portaba entre sus puertos?

En esta insignia, ya sin signos, me amuleto. Ameba maga, lo confieso, me recreo: ¿en el goteo gótico, geométrico gateo? Aunque son geometrías sagradas, curvadas, las que disponen nuestro gesto.

Y es en este gen orbital donde el músculo se ejercita, porque no hay agendas en la conversa microbiana. El cristal que nos guía, psicopompo, es un grial fundido.

*¡Transparente copa
de luz trans-aparente,
nos vuelvas tu gotera de loas
o liebres de rapiña:
gondoleros o boticarios
de larvarios porvenires!*



Ay, esta floccular rabieta, esta lumbre desigual, ilumina con su esmalte el penacho de la noche. Porque ahora somos manada en nuevos hangares: juglares en cuero, más que nada.

Y porque en las terrazas involucionamos entre “tintos de verano” para oír los trenes bien lejos; porque los bichos con los que tropezamos nos hablan de nichos níveos en pleno desierto; porque ayer o mañana habrán existido estos caciques sin tipis ni razas, mantrando carcajadas —grumos— al borde de las *grammas*:

¡comete todo, víbora pluvial, y esfumate! Devoranos el todo, pero dejanos el postre: la postrer dentina de tu tarascón: el agrietado diente con el que nos inyectás el afro-derrape, la vibra plural a deshora.



Porque en este diente está lo nuevo y lo más antiguo —porque de este vientre gotea el disolvente universal.



*¿Patinamos ya sobre el lupanar de los pasajes: salvajes alianzas,
danzas orantes donde tu gabardina se prostra?*



Estamos en el mapa pero tan lejos de su urbe: en la vecindad de las termitas nos dejamos, para el manduque de otro *océano performer*.

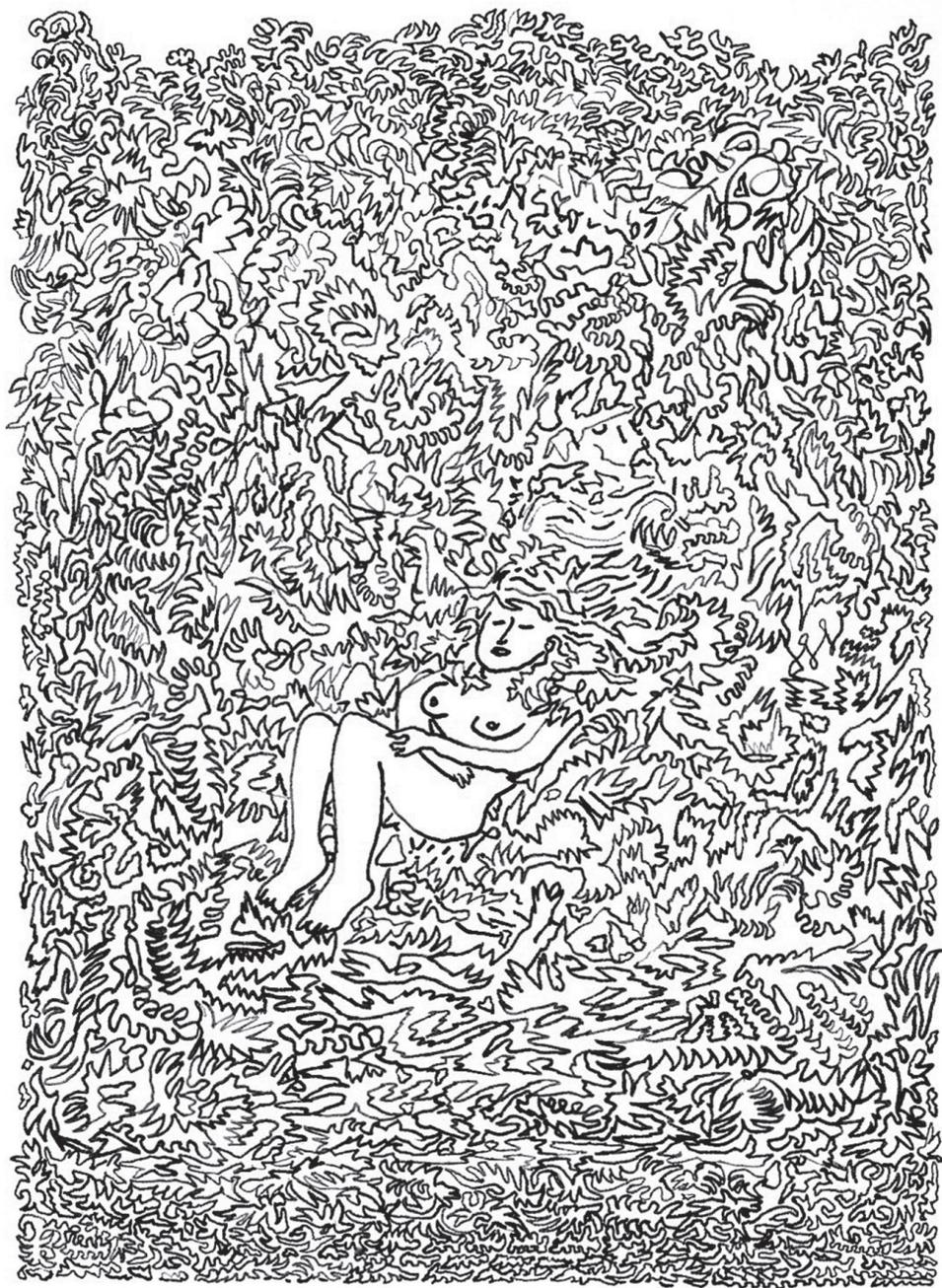
La enredadera nos tiende sus fumos, su céfira polvera. Por ella nos sumamos a los entrevagidos, a los vahos que agitan el molinete alucinante.

Y si volvemos, no somos ya nosotros, ay, sino otra calesa pirotécnica, otra feria sin límites.



Ya te espían por el oído: una jeringa laxa, una galaxia de jergas. Cable afiebrado transmitiendo las sobras del canto, la nota tuerta: puerta breve hacia los sones.

Buenos Aires, 2006-2009



POSTFACIO

¡*Afrodictum!* —el segundo libro de Juan Salzano— es un manifiesto, un programa, una estrategia declarativa, además de un percurso. En esa invocación o propiciamiento del viaje, antes de salir, o entre salida y salida, contiene preguntas retóricas, aparece lo sacerdotal humano. El resto son escapadas, aleteos, derivas, devenires glóbulos gomosos, ocupar superficies más allá de cualquier identidad... Los yoes se disgregan como las materias que caen de los caballos. Aunque el camino es también aéreo y acuático, el vehículo se transforma o adapta por su peso semántico o por su parentesco fónico o por ambos, un vehículo a medio formar, no deviene un vehículo completo, sino una vehiculación (“por todos los caminos, en la vía regia de los eones”). Derrame, líneas de fuga oscilantes entre el equívoco fónico, el neologismo, claves esotéricas a modo de escudo o entorchado, blasón, medalla que cifra y tapa el agujero de lo innombrable.

Ese tránsito recorre países alternativos, *inter alia*, entre otros. Los países transitables son aquí dos: Transilvania hilvanada a Italia, *transitalia*: “transit-alia/trans-hilvania”, como en el caso de Perlongher, cuyo primer título es *Austria-Hungría*. Migraciones, mapas de ruta, un itinerario que se disgrega en texturas, lo que no tiene palabra y es traducido sin cesar en versiones titubeantes, alternativas. Si no es esto, es esto otro.

El vehículo es un todo terreno “sin terreno”, y las migraciones ocurren a través de países que no son países, sino un “desierto portátil”. Por momentos, el poema de Salzano me recuerda a Saint-John Perse, su despliegue de recorridos a través de mapas virtuales.

Acecha siempre el momento en que materia deviene imagen, y en su halo precisa una materia figurada, aunque solo aludida, en traducción. La traducción no construye un camino paralelo, sino que expresa el único camino, el impulso que avanza burla burlando, sostenido en sus asociaciones significantes, doblez del deseo, pliegue,

hojaldre, estratos, un arrastre marino de cabellos de alga, de barbas de mejillones.

“Es partero este Bardo, alarmante y motorizado, como cualquier renovado Cupido... a él le toca deslizarse por esta pista de hojaldre”.

Hojaldre, implicación de muchos planos, un responder a las variables encontradas, un intento por mantener los rumbos espontáneos de las asociaciones, para contar con el mayor número de imágenes en la imagen, una multiplicación centifolia o un modo de figurar la ambigüedad indefinida de sentidos y sonidos, presentando opciones singularizadas a modo de disyuntivas al vislumbrar la criatura vibratoria, la oscilación vibratoria (Mallarmé). Eso es la poesía.

El “bufón” sigue “el camino del dios.” Pienso en Philippe Sollers: “Lo sagrado sin humor es una impostura; el humor sin lo sagrado, una caricatura”. Sagrado y humorístico, revirtiendo todos los valores, desarticulando la impostura del dogma, manteniendo la atención, la reverencia ante el misterio que se revela, reconoce lo sagrado a través de un proceso espontáneo y juguetón.

En el centro de este misterio vive el corazón oculto, todavía virginal, intocado, “las aguas invisibles”, lo que no ha salido a imagen, lo que permanece cerrado o velado aunque gravitante, como esas aguas a las que no se les ve el fondo, un aura invisible que nos traga, como un agujero negro.

“Aquí estás de nuevo, divina Mamana, para depositar tus cuecos sobre esta piel hecha humo.” Esa gran mamá, el cuerpo, viene a agregarse al espíritu del juego de la lengua, gravitante, pero sin peso contundente, una memoria motora de las acciones corporales en el terreno de las palabras, ese lugar significante, virtual, adonde ha sido transferido el cuerpo: a esta “piel hecha humo”.

El poema se hace peculiar, se singulariza, indicando la fractura, el dilema, el pasaje a la palabra y la huella renovada de ese pasaje, marcándola por sus irrupciones, interrupciones en esa sucesión de raspados de lo que no tiene palabra y sólo podrá leerlo el ojo avizor del

“clown de la estrella” que mira desde lo alto, desde la estrella; sólo así, sobre una tierra lejana en que forma su figura más o menos completa, el poema será legible.

“Si no hay un yo —reza el rizoma de las *Mil Mesetas*—, si somos todas multiplicidades, verdaderas poblaciones, masas de devenires: nutrias, osos, prostitutas paulistas en la flor de un bretel, Delias de rimel descornado, Etheles, rosas a la caza de un Grossman perdido en Luxemburgo, la primera pregunta es: ¿quién escribe? ¿quién habla? O: *¿de parte de quién?*”

Si somos tantos, vamos, lo simple se complica — si hablar de uno es perorar acerca de un irreductible múltiple.” (Perlongher, “Sobre *Alambres*”)

El poema se deja llevar sin preocuparse de quién habla, equivale a la improvisación musical, una serie de “mambos”. Es algo que salió, o “me” salió, todo junto, “las eses con las heces” (Perlongher).

El yo en tanto identidad es una convención que tiene que ver posiblemente con nuestra responsabilidad jurídica pero no corresponde con nuestra experiencia de multiplicidades, con un cuerpo vibratorio de muchos contenidos. La crítica al yo identitario (Salzano: “Un yo en llamas, un Yo de más”) responde a una reivindicación libertaria, al propósito de desprendernos de las simplificaciones que nos apresan: “Y no quisiera hablar de este yo, pues no es ya más que un pelo fino sobre la sedosa piel de un puma”. No hay un contenido específico del yo y por lo tanto no hay yo, salvo como unidad vacía de apercepción (Kant) al costado de las responsabilidades y derechos que nos definen como ciudadanos.

Roberto Echavarren

Juan Salzano (Buenos Aires, 1980). Es poeta, performatista y Prof. de Filosofía (UBA). En poesía publicó: *Muletología* (Tsé-Tsé, Bs. As., 2006); *¡Afrodictum!* (La propia cartонера, Montevideo, 2010 / Allox, Bs. As., 2011) y *Ameba maga* (2.0.1.3. editorial, Ciudad de México, 2014 / Hekht, Buenos Aires, 2015). Compiló y prologó: *Nosotros, los brujos. Apuntes de arte, poesía y brujería* (Santiago Arcos, Bs. As., 2008), y realizó la selección, traducción y prólogo de: *Deleuze y la brujería* (Las Cuarenta, Bs. As., 2009), con textos de Matt Lee y Mark Fisher. Escribió los prólogos de los poemarios: *Libro de sombras* (La parte maldita, Bs. As., 2011), de Mariano Massone; e *Invocaciones. 4 poetas en la voz del mito* (Las ruinas circulares, Bs. As., 2011), de Enrique Solinas, Marimé Arancet Ruda, Valeria Melchiorre y Romina Freschi. Se han publicado ensayos y poemas suyos en los libros: *Poemas completos* de Néstor Perlongher (La flauta mágica, Bs. As., 2012 –Prólogo y edición: Roberto Echavarren), *Indios del Espíritu. Muestra de Poesía del Cono Sur* (La flauta mágica, Bs. As., 2013 –Prólogo y edición: Roberto Echavarren), *Plebella. 25 números. Antología 2004-2012* (EUDEBA, Bs. As., 2013 –Prólogo y edición: Romina Freschi) y *Performatas “X” Alógenos* (Allox, Bs. As., 2013 –Edición: denaKmar naKhabra. Prólogo: Colegio de la Aventura Anterior). Su ensayo “La experiencia nebulosa” ha sido traducido al inglés como “The Nebular Experience: Towards a politics of perception” y publicado en el libro: “The Enigmatic Absolute: Heresy, Gnosis and Speculation in Continental Philosophy of Religion” (2015, en maquetación), editado por los filósofos Joshua Ramey y Matthew Harr Farris. Ha publicado en revistas (virtuales y en papel) de Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Brasil, México-EEUA y España. Participó en los Festivales internacionales de poesía “Gusto Tuyo” (Uruguay, 2010), “Los lenguajes alienígenas” (México, 2014) y “Poquita Fe” (Chile, 2014). En la actualidad, prepara la traducción y prólogo de: *The Hermetic Deleuze: Philosophy and Spiritual Ordeal*, del filósofo estadounidense Joshua Ramey (que saldrá por Las Cuarenta editorial en el 2015). Conspira en la Estación Orbital Alógena y es miembro del Frente Dionisiaco Pyra, cuya más reciente irrupción ocurrió durante el 2014 con “Vudutronics”, happening colectivo realizado dos noches seguidas durante el ciclo “Performatón” organizado por Rafael Cippolini en el MAMBA (Museo de Arte Moderno de Buenos Aires).

Otros títulos de Limón Partido:

Elizabeth Neira (Santiago, 1973), *Abyecta*.
 Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
 Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelanoche*.
 Ingrid Solana (México, 1980), *De tiranos*.
 Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
 Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
 Alan Mills (Guatemala, 1979), *Síncopes*.
 Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
 Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
 Ana Rüsche (Sao Paulo, 1979), *Rasgada*.
 Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
 Héctor Hernández Montecinos (Santiago, 1979), *NGC 224*.
 Nicole Delgado (San Juan 1980), *Violencias cotidianas*.
 René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
 Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
 María Eugenia López (Buenos Aires, 1977), *Arena*.
 Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
 Elisa Andrade Buzzo (Sao Paulo, 1981), *Noticias de ninguna parte*.
 Javier Norambuena (Santiago, 1981), *Humedales*.
 Luis Téllez-Tejeda (Naucalpan, 1983), *Media tarde*.
 Balam Rodrigo (Villa de Comaltitlán, 1974), *Icarías*.
 Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
 Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
 Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
 Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.
 José Manuel Barrios (Montevideo, 1983), *Yoga*.
 Jamila Medina Ríos (Holguín, 1981), *Primaveras cortadas*.
 Lauri García Dueñas (San Salvador, 1980), *El tiempo es un texto indecifrible*.
 Ariadna Vásquez (Santo Domingo, 1977), *El libro de las inundaciones*.
 Yaxkin Melchy (1985), *III Los Planetas*.
 José Córdoba (Porcón La Libertad-Perú, 1979), *Animal desbocado*.
 Daniel Rojas Pachas (Lima, 1983), *Soma*.
 Paula Ilabaca (Santiago, 1979), *Ciudad Lucía*.
 Jesús Bartolo (Atoyac de Álvarez-Guerrero, 1970), *Iconografía de un Duelo*.
 Guadalupe Galván (Ciudad de México, 1973), *Sólo la música*.
 Manuel de J. Jiménez, (Ciudad de México, 1986), *Final del estado*.
 Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984), *Chicle*.
 Ben Clark, (Ibiza, 1984), *Los últimos perros de Shackleton*.
 Elena Salamanca, (San Salvador, 1982), *Peces en la boca*.
 Wingston González, (Livingston, 1986), *San Juan-La Esperanza*.
 Maiara Gouveia, (Sao Paulo, 1983) *Antes que se rompa el hilo de plata*



*...a quien, de la gloriosa juventud en la flor tierna apenas,
joven de tempranos juicios, Afrodita que ama la risa,
habiéndolo raptado, llevóse, y en sus templos sagrados
guardián recóndito lo hizo, demonio divino. (vv. 989-991)*

Teogonía, Hesíodo